Una lluvia sin fin…



DANIEL LÓPEZ HINCAPIÉ
Profesor del Cesa y Director de Lisa

"Llovió cuatro años, once meses y dos días. Hubo épocas de llovizna en que todo el mundo se puso sus ropas de pontifical y se compuso una cara de convalenciente para celebrar la escampada, pero pronto se acostumbraron a interpretar las pausas como anuncios de recrudecimiento"

GGM

Gabo, **Gabo**, **Gabo** siempre tan pertinente. La violencia en Colombia lejos de ser un hecho aislado es un común denominador, sistemático y arraigado hasta los tuétanos en la cultura de nuestro Macondo. En nuestro caso la lluvia y asonada de violencia lleva más de cuatro años, once meses y doce días, lleva décadas con diferentes momentos donde se recrudece o se apacigua, pero siempre está al acecho esperando el momento preciso para recordarnos la primitiva, adolescente y decadente sociedad a la que hemos llegado. Ser colombiano es un sentimiento agridulce que duele y me gustaría que toda esta locura de mundo parará por un segundo para bajarme, respirar y volver con optimismo a seguir en la lucha de la construcción de una Colombia de oportunidades.

La muerte de **Javier Ordóñez** me dolió hasta lo más profundo de mi ser. Ver un ser indefenso (sin importar la razón por la cual se estaba realizando el procedimiento policial), suplicando que por favor parara el abuso por parte de dos policías que juraron proteger y defender a la ciudadanía, lo hace más doloroso aún. La muerte de las cinco víctimas fatales en los hechos ocurridos en la noche del 9 de septiembre también debería ser motivo de un luto nacional. Ver a la ciudad en llamas me confrontó con la profunda sensación de desesperación a la que hemos llegado como nación. En total fueron 248 ciudadanos y 147 policías heridos.

La ciudadanía reclama justicia, equidad y oportunidades y pareciera que todos los sectores de la sociedad han llegado a un acuerdo sobre la necesidad de nuevos resultados. Soy escéptico a los cambios estructurales desde la normatividad o las leyes, dado que estas no transforman la arquitectura de la decisión de las personas, si así lo fuera, cada dos años no anunciaríamos una nueva reforma fiscal, o tal vez, el sin fin de leyes que existen actualmente nos harían comportarnos de manera mucho más civilizada. Claro que hay que reflexionar sobre los acontecimientos recientes, pero hasta tanto no entendamos que somos una sociedad enferma, producto de la violencia que nos ha azotado por años y que hagamos una terapia social colectiva de verdad, justicia, perdón y reparación, el ciclo de violencia nos seguirá azotando como la eterna lluvia de Macondo.

Duele ver la profunda polarización de un país que justifica la violencia desde las dos orillas. ¿Acaso no duelen igual nuestros soldados y policías que día a día mueren en el ejercicio de su profesión? ¿Acaso vale más la vida de un manifestante que la de un policía? ¿No somos todos ciudadanos? Ni el abuso policial se puede justificar, ni tampoco se puede romantizar el vandalismo y convertir la destrucción masiva de la ciudad en la regla cada vez que nos indignamos. Como tampoco, se puede estigmatizar la protesta social como vía legitima para una sociedad democrática que debe encontrar en la diversidad de expresiones, caminos para las grandes transformaciones. Pareciera que no tenemos el mas mínimo respeto ni valor por la vida.

Hoy más que nunca necesitamos alejarnos de las discusiones del gobierno de turno y aferrarnos a las instituciones, porque son estas últimas las que permiten en democracia, acompañadas de una ciudadanía activa, tramitar nuestras diferencias y liderar los cambios estructurales, adaptativos y evolutivos que van surgiendo en el camino. La responsabilidad es mayúscula como para dejársela al Gobierno de turno, ayer era **Santos**, hoy **Duque**, mañana el que sea, pero la verdad es que un gobierno no tiene el poder de transformar una colectividad. Hasta entonces, seguirá lloviendo y seguiremos siendo un país con cola de marrano.

Fracking challenge



CARLOS ALBERTO LEAL NIÑO
Presidente JD Acipet

Cuando se acercan instancias definitivas, que deben decidir el futuro del desarrollo de los Yacimientos No Convencionales en el país, se disparan las estrategias por parte de los detractores de la industria de los hidrocarburos para buscar favorabilidad en la opinión pública, y a través de esto presionar las decisiones de los magistrados y congresistas.

Y las tácticas incluyen utilizar a influenciadores de toda índole, que se encargan de repetir un discurso al que le sobra emotividad y le faltan razones con rigurosidad científica. También lanzan retos como el Fracking Challenge, que rayan en el sinsentido al querer polarizar a la opinión con la dicotomía agua o petróleo.

El verdadero Fracking Challenge en el país es el de propiciar una discusión sin sesgos populistas y sin desinformación, que permita desde el punto de vista técnico y científico explicar claramente a la comunidad y a los tomadores de decisiones las razones por las cuales se recomienda la realización de los Proyectos Piloto de Investigación Integral (Ppii).

También es parte de este reto que la industria petrolera demuestre con acciones que se encuentra preparada en todos los frentes para realizar de manera responsable, transparente y bien hechas todas las actividades técnicas, operativas y de manejo del entorno para llevar a feliz término la ejecución de los Ppii.

LA DECISIÓN QUE SE TOME SOBRE ESTE TEMA MARCARÁ EL FUTURO DEL PAÍS

En la concepción de los Ppii por parte de la Comisión de Expertos, son incluidos los escenarios participativos, a través del concepto de "urna de cristal", para que todos los interesados tengan la oportunidad de ver en un medio real y controlado, todas las operaciones necesarias para la aplicación de esta tecnología en nuestro territorio, y con base en sus resultados tomar decisiones definitivas sobre el desarrollo de estos recursos. La presencia de suficientes ojos garantes del proceso favorece la evaluación clara y transparente, ¿A qué se le teme?

Basta de emitir información errada y tendenciosa, basta de cantar victorias inexistentes y estériles, basta de polarizar el país hacia dos vertientes sin retorno. Esto no hace más que hacer apología a condiciones que desde épocas coloniales nos han dividido, y que en lo más profundo de nuestro ser queremos superar. No hagamos de este tema un Florero de Llorente y no nos prestemos a quienes les interesa el caos y la anarquía.

El reto que deberíamos afrontar es el de tener altura democrática, para hacer un alto en el camino despojándonos de todo prejuicio y prevención de un lado y de otro, en la búsqueda de un entendimiento mutuo, que permita que no haya vencedores ni vencidos, sino que se logre un acuerdo por el bien de todos los colombianos.

El panorama que se avizora no es nada halagüeño, la crisis económica y social impactará fuertemente al país por lo menos un par de años más y es aquí cuando deben superarse las diferencias y buscar soluciones sostenibles por el bien de todos. El desarrollo de los Yacimientos No Convencionales es una de esas alternativas; no la dejemos pasar privilegiando las disputas partidarias e intereses electorales y personales. El reto es Colombia y la decisión que se tome sobre este tema marcará sin lugar a duda el futuro de nuestro país.

Sin ley ni orden

El miércoles pasado, Bogotá vivió uno de sus peores episodios de violencia. Las imágenes de incendios, pedreas, quema de buses y motocicletas y el doloroso registro de víctimas fatales, recuerdan el Bogotazo del nueve de abril de 1948. Los esqueletos de tranvías en llamas parecían reproducirse con deplorable fidelidad en los buses articulados de *Transmilenio* que ardían envueltos en la oscuridad.

La insania masiva estalla con todo su furor. Es la explosión de una violencia inútil, que desfoga ira y resentimiento más allá de las asonadas del año anterior que, a su vez, superaron los disturbios precedentes en cuanto mostraban signos de preparación y manipulación de rabia contenida.

Apareció, con evidencias inequívocas, una especie de globalización, que replica en nuestro país episodios de otras partes, como si tuvieran conexión directa. ¿Su inmediato reflejo en los disturbios nacionales va más allá de la simple acumulación de resentimientos que coincide con una chispa incendiaria? ¿O es el contagio de informaciones superabundantes sobre un suceso, cuyo impacto estremece al espectador y lo impulsa a imitar conductas que se quedan agazapadas en el subconsciente, listas para saltar, cuando una impresión semejante actúa como revulsivo?



GABRIEL MELO GUEVARA
Analista

Era previsible que se produjera una fuerte reacción ante la escena, brutalmente estremecedora, de un ciudadano inerme que agoniza y muere ante los ojos escandalizados de millones de televidentes, que no entienden cómo puede sucederle esto a un vecino pacifico, a un hijo, al padre, al hermano o al amigo que se cree seguro al caminar por la calle, sobre todo si en ella hay patrulleros que se suponen son una garantía adicional de seguridad.

ES TIEMPO DE SENSATEZ, SERENIDAD Y REFLEXIÓN. DE RECONSTRUIR Y NO DESBARATAR LO EDIFICADO

Lo reprobable no es que haya reacción, sino lo desmedida. Como si no fuera una expresión de condena pública y exigencia de justicia, sino un pretexto para engendrar el desorden.

Hasta ahora, los estudiosos de estos fenómenos sociales han pasado por encima del fenómeno. Es cierto que estamos ante una violencia sin sentido, si la miramos desde nuestro punto de vista. Pero sí lo tiene para el vandalismo, que se repite y refina sus procedimientos. Lo tiene para quien considere legítimas todas las formas de lucha que conduzcan al poder y no vacile en utilizarlas.

Como se observa al repasar las imágenes, no hay nada de vandalismo espontáneo, por eso la investigación no debe detenerse en el esclarecimiento de los hechos.

Solo así llegaremos al fondo de un problema donde lo peor que puede sobrevenir es una pelea entre náufragos, si además se complica con enfrentamientos de tripulantes y pasajeros que actúan como si buscaran sepultar, en el fondo del océano, la nave que comparten.

Esta es una buena coyuntura para que las instituciones se fortalezcan. Si queremos lograrlo es definitiva la actuación de una justicia pronta y cumplida, como lo ordenan las reglas democráticas. Es lo mínimo que puede pedirse: que los ciudadanos respalden a las autoridades que ellos mismos eligieron, y acaten las leyes con un respeto sin el cual es imposible la convivencia en paz. Es tiempo de sensatez, serenidad y reflexión, de reconstruir a Colombia, jamás de desbaratar lo edificado con tanto esfuerzo.